

Pedro Selva

El oficio de crítico



O que tienen de irritante las frases hechas, las opiniones comunes, esos juicios vulgares que circulan, indiscutidos, como axiomas, es que, muy a menudo, encierran gran parte de verdad. Renan se quejaba de que su vida entera dedicada a estudiar los orígenes del cristianismo le había conducido a las mismas conclusiones que un muchacho formula, sin haber estudiado nada ni saber con frecuencia lo que dice. Añadía, como para defender el fruto de su trabajo, que no cualquiera tiene el derecho de negar los dogmas religiosos ni es capaz de desenredarse de las mallas sutiles entretejidas por la ciencia teológica.

Comprendí, en otras proporciones, la impaciencia del maestro eruditísimo intentando cierta vez algo como una «revisión de valores» en las letras chilenas. Uno de los muchos proyectos... Después de leer, releer, notar, anotar y sufrir mucho para hacer algún descubrimiento, hube de resignarme a concluir de que los

libros que gozan de fama merecen gozarla y los libros que no la gozan también. O sea que, en grandes líneas y salvo matices accesorios, faltaba material para rectificaciones sensacionales.

Acaso otro, con otros ojos, las hallará.

Es posible.

Por hoy sólo quiero subrayar ese aspecto de los juicios corrientes a propósito del que tanto se escucha cuando comentan a los críticos: oficio de fracasados, revancha de impotentes, consuelo de los incapaces que no lograron escribir su poema, su novela o su drama y se dedican a rebajar la obra ajena.

¿Qué autor herido por un crítico, sea en privado, sea en público, no le lanza desde lo íntimo esas flechas venenosas?

Claro, así crudamente, lo que resalta es el tósigo.

No todos los críticos han fracasado previamente en otros géneros; algunos dieron buena medida en la novela o el cuento y existen varios cuya calidad poética no podría negarse. Tampoco se dedican uniformemente a censurar; los hay que admiran, exaltan y hasta suelen cantar panegíricos en tono elocuente.

Pero, quitándole a esas sentencias lo que afirman de absoluto y trayéndolas a equilibrio ¿no resulta raro esto de un escritor dedicado a examinar a otros escritores y decir lo que son, lo que no son, lo que podrían o deberían ser y si acaso le gustan o no le gustan?

El crítico más crítico, el juez por excelencia, el más constante y prestigioso que ha habido, acaso, en

toda la historia, Sainte-Beuve, se preocupó mucho de esta cuestión y la dió vuelta por todos lados.

Como suele ocurrirle, su pensamiento, rico en facetas, tiene sobre el asunto más de un parecer.

No recuerdo exactamente dónde, pero confiesa por ahí, en algún artículo o nota personal que, después de todo, para el crítico la crítica constituye siempre, más o menos, «un pis aller», como quien dice, «un peor es nada». La confianza adquiere especial mérito si se piensa que él empezó como poeta, siguió como novelista y sólo al avanzar en la carrera, viendo que muchos de sus contemporáneos lo distanciaban y que jamás alcanzaría la gloria estrepitosa de tal poeta, de tal orador, de tal autor de novelas, sus rivales y amigos, decidió entregar sus fuerzas íntegras a la tarea que le haría, no solamente poderoso y célebre, sino más célebre y poderoso que muchos de los admirados, celebrados y, acaso, secretamente envidiados por él.

Las condiciones, en verdad, fueron duras.

Por de pronto, la soledad, el aislamiento y una dedicación encarnizada, un estudio continuo.

Sainte-Beuve no se casó. Ni en amor ni en ideas quiso enajenar su independencia. «Un crítico—escribe a propósito de Jules Janin, *Causeries du Lundi*, T. II, pág. 107—no debe tener demasiados amigos, ni relaciones sociales, ni deberes sujetos a conveniencias de cualquier clase. Sin ser precisamente unos corsarios, como se pretende, necesitamos navegar por todos los

mares y no saludar a los demás barcos sino desde lejos.

Nada pues, de partido, ni secta, ni gremio, ni círculo, ni atadura de esta especie. Ningún elemento que haga pensar al lector, antes de leer: ya sé lo que dirá. Toda cofradía refuerza el poder personal y no se consigue nada, materialmente, de provecho práctico si no se pertenece a alguna camarilla; pero esas ventajas hay que pagarlas caro, nada menos que con el prestigio. Porque muy pocos son capaces de distinguir si un crítico escribe bien o mal, si acierta o yerra en sus dictámenes; pero todos experimentan la sensación infalsificable de si es o no independiente, si es o no sincero. Y eso es decisivo.

No hablemos, sin embargo, demasiado de sacrificio ni pintemos la condición del crítico profesional como terriblemente austera. Más sacrificada suele ser, a veces, y también más dura, dirán algunos, la condición del criticado...

Cuestión de punto de vista.

El crítico verdadero, es decir, por vocación, tiene desde luego un gran lenitivo y una excusa soberana: es que sigue un impulso interno y cumple su destino. Al verdadero crítico, tal como a otros le interesan los hombres, las plantas, los paisajes, y viajar, y mandar, y tener amores numerosos o extraños, le preocupa de un modo absorbente y apasionante, otra cosa: los libros. Es así. Le gustan los libros.

Y naturalmente. quiere hablar, como todos, de lo

que le gusta, desea compartir *sus* placeres y *sus* dolores, comunicar a los otros lo que ha sentido y pensado leyendo.

Porque, digámoslo de una vez, un crítico no es un hombre seco, ley en mano, condenando, absolviendo, sentado en su tribunal. Un crítico es un individuo que siente *sus* lecturas como cosa viva, que convierte un volumen impreso en ser humano y lo encuentra simpático o antipático, lo ama o lo aborrece, conversa con él, lo toma de compañía o lo tira para no verlo. Un crítico es un individuo para quien el paraíso consiste en un asiento solitario, cómodo, a mil leguas de toda perturbación, delante del mar o «en el corazón de las más apartadas montañas» y que sólo pide tener disponibles un número ilimitado de libros, de libros interesantes, variados, renovables hasta el infinito. Y el derecho a hablar sobre ellos sin mirarle la cara a nadie, sin calcular las consecuencias ni proponerse otro fin que expresar su verdad.

Todo ello requiere gusto y no es frío.

Entre las incontables definiciones de éste que don Juan Valera llamó «oficio de gente desengañada» y que lo es (un joven crítico se parece algo a un monstruo), no recuerdo ninguna tan fina, completa y penetrante como la que da Rivarol, hombre de ingenio que bordeaba el genio.

Quiero citarla íntegra.

«Le jugement se contente d'approuver et de condamner, mais le goût jouit et souffre. Il est au jugement ce

que l'honneur est á la probité: ses lois sont délicates, mystérieuses et sacrées. L'honneur est tendre et se blesse de peu: tel est le goût; et, tandis que le jugement se mesure avec son objet, ou le pese dans la balance, il ne faut au goût qu'un coup d'oeil pour décider son suffrage ou sa répugnance, je dirais presque son amour ou sa haine, son enthousiasme ou son indignation, tant il est sensible, exquis et prompt! Aussi les gens de goût sont les hauts justiciers de la littérature. L'esprit de critique est un esprit d'ordre; il connaît de délits contre le goût et les porte au tribunal du ridicule, car le rire est souvent l'expression de sa colère, et ceux qui les blâment ne songent pas assez que l'homme de goût a reçu vingt blessures avant d'en faire une. On dit qu'un homme a l'esprit de critique lorsqu'il a reçu du ciel non seulement la faculté de distinguer les beautés et les défauts de productions qu'il juge, mais une âme qui se passionne pour les unes et s'irrite pour les autres, une âme que le beau ravit. que le sublime transporte et qui, furieuse contre la médiocrité, la flétrit de ses dédains et l'accable de son ennui»

En todo esto, se advertirá, no hay trazas de leyes, de reglas o principios aplicables e inmutables, nada de procedimientos jurídicos. Es que la crítica en abstracto, la crítica en sí, legal y eterna, no existe. Ciertas tradiciones, algunos ejemplos, algo de «sentido común» o consentimiento universal—con muchas lagunas y vaivenes, innúmeras vueltas y revueltas—varios ídolos intangibles. Y nada más. La crítica, en el fondo, es el

crítico, Tal como la novela es el novelista y la poesía el poeta. Nunca un hombre ha compuesto un poema hermoso porque se sujetó al componerlo, a cierto molde y cumplió tales reglas. No hay novelas grandes que sean la realización de las leyes por las que se rige el género novelesco. Ni, en general, obra de arte alguna que haya conseguido la inmortalidad por ajustarse a unos principios predeterminados. Son, por el contrario, estos principios los que pugnan, a veces muy difícilmente, por adaptarse a esas obras, verdaderos códigos de estética, espontáneos, inocentes y divinos.

Un tratadista reciente, el discutible, pero interesante Wladimir Weideler, aborda de paso en su «Destino Actual de las Letras y las Artes» el problema de la crítica literaria considerada como obra artística.

Reconoce, primero, que la ficción poética, la invención de personajes, de actos y mundos imaginarios es, sin duda, la más antigua y menos contestable forma del arte revelado por medio de la palabra. Agrega: «Allí donde no existe— en la poesía lírica, en la prosa crítica y filosófica—el elemento creador está circunscrito a la melodía del pensamiento y a la sapiente armonía del lenguaje».

La poesía lírica, como se ve, aparece asociada a la crítica literaria.

Es que son iguales.

«La crítica—declara Sainte-Beuve, en las notas al Tomo III de sus *Causeries du Lundi*, pág. 546—tal como yo la entiendo y querría practicarla en una in-

vención y una creación perpetua». Añade: «Lo que he querido, en la crítica, es introducir dentro de ella una especie de encanto (charme) y, al mismo tiempo, mayor realidad que antes, en una palabra, poesía y, a la vez, fisiología».

En esta repartición se ubica la línea justa del oficio crítico. Y también su drama secreto.

La crítica no es un género puro, sino mixto; no sólo anda, no sólo vuela; hace lo uno y lo otro, alternativamente. Necesita, pues, una visión doble; observación y ensueño, análisis y síntesis, sensibilidad y juicio.

Requiere, además, cierta materia explotable, o sea, una literatura rica.

De ahí que por cada diez buenos poetas o cada veinte novelistas medianos exista un crítico o la mitad de un crítico regular, mas no porque escaseen numéricamente (al contrario, superabundan: todo escritor, en el fondo, se juzga un crítico) sino porque en tal terreno, más que en otro alguno, «muchos son los llamados y pocos los escogidos».

San Francisco de Las Condes, 25 de febrero de 1947.